

que recorre el conjunto de su obra, atento a los matices e inflexiones en el pensamiento del ginebrino.

Algunos ensayos tienen un carácter predominantemente histórico, como los estudios sobre Rousseau, o la “nueva constitución política” de Rigas Velesinlis, mientras otros se adentran decididamente en los debates contemporáneos de la teoría política democrática o de la bioética. Pero esa diversidad temática no debería dar una impresión equivocada en cuanto a la unidad de fondo que se advierte en la aproximación a los problemas. Los ensayos históricos indagan en los textos buscando la relevancia del autor clásico para los problemas contemporáneos, mientras que la discusión de tales problemas en los trabajos de la primera parte presuponen o explicitan una evidente familiaridad con la historia del

pensamiento político, como ponen de relieve el capítulo segundo o el quinto. No es sólo que el autor se mueva con maestría a través de la historia de las ideas o los debates actuales sobre la democracia o los derechos humanos, sino que lo hace con un estilo claro y argumentativo que busca allanar las dificultades al lector medio.

Se trata de un conjunto de ensayos académicamente rigurosos pero capaces de atraer al lector interesado por los problemas de la ética y política, en la medida en que Rubio Carracedo, lejos de presentarlos de modo esotérico, no rehuye entrar en las cuestiones de actualidad más controvertidas, discutiéndolas con envidiable independencia de criterio y un saludable punto de provocación.

Manuel Toscano Méndez
Universidad de Málaga

POR UNA GENEALOGÍA CON ROSTRO HUMANO

ÓSCAR MORO ABADÍA: *La perspectiva genealógica de la historia*, Santander, Universidad de Cantabria, 2006, 207 pp.

“El tiempo presente y el tiempo pasado están quizás presentes los dos en el tiempo futuro y el tiempo futuro contenido en el tiempo pasado. Si todo tiempo es eternamente presente todo tiempo es irredimible”

T. S. Eliot, *Cuatro Cuartetos*

Parecería que este luminoso poema de Eliot estuviera pensado para servir de arranque al libro de Oscar Moro que aquí nos ocupa, una reflexión limpia y bien razonada sobre las posibilidades reflexivas y críticas del estudio de las huellas

del tiempo en lo social, realizado desde la perspectiva de un presente que se abre al futuro sin legitimar ni redimir al pasado; una obra que aspira a analizar ese presente dentro del conjunto de fuerzas genéticas que lo hacen actuar como marco de vida de los actores que lo habitan. Si como sugiere el escritor británico Julian Barnes, en su espléndido *Una historia del mundo en diez capítulos y medio*, “nuestro miedo y nuestro dolor sólo pueden calmarse con fábulas y a eso lo llamamos historia”, el libro de Oscar Moro nos invita de manera pertinente, dado el momento teórico y cívico en que nos encontramos, a mirar a la cara a este proceso, preguntándose por sus prácticas y sus efectos, por sus luces y sus sombras, por lo que se dice y por lo que se calla.

Dos compañeros de máxima relevancia alumbran al autor en el viaje que emprende, uno, el más cercano, es lógicamente Michel Foucault, del que se trata de estudiar su teoría y filosofía de la historia (lo que diferencia a esta aportación de la inmensa cantidad de literatura originada en torno a la obra del filósofo francés), el otro es su referencia histórica directa y necesaria Friedrich Nietzsche. Con estos materiales la perspectiva buscada y encontrada es evidentemente la genealogía, presentada como una permanente búsqueda de los orígenes de los relatos, pero desde los discursos y las acciones que se producen en la actualidad y que la propia genealogía debe poner en relación con sus orígenes. La genealogía, por tanto y por definición, pone en cuestión y desnaturaliza el presente, es una historia crítica del pensamiento que Oscar Moro observa en sus procesos centrales: la historización de la verdad, el estudio de los poderes en presencia y la definición de los mecanismos de subjetivación establecidos en los juegos de saber-poder.

A partir de aquí nos encontramos con desarrollos de primera mano sobre el concepto de genealogía de Nietzsche desplegado en sus habituales dimensiones (comprender la relación entre presente y pasado, comprender la verdad como una construcción histórica, buscar la crítica permanente a la voluntad de verdad total, encontrar las relaciones indisolubles entre saber y poder, etc.), pero, sobre todo, evaluando su proyecto de práctica del conocimiento con ecuanimidad y sensatez, como base de una historia crítica (que desfundamenta los valores morales dominantes) y eficaz, en cuanto que abre las posibilidades de pensar y actuar en el futuro sin la carga de las interesadas supersticiones del pasado, convertidas en verdades inapelables de cualquier poder. Paralelamente nos

encontramos con los desarrollos de la genealogía de Foucault tanto desde su relación tensa, pero productiva con Kant -que fragua en una historia crítica del pensamiento y una ontología del nosotros mismos-, como desde su propio proyecto de historia sin metafísica; historia que por definición se aleja de principios universales abstractos y se centra en la arqueología del presente.

Oscar Moro continúa su singladura trazando los problemas que presenta la formulación de una economía política de la verdad y el papel del discurso científico en la institucionalización del saber positivo y, por lo tanto, del poder. En esta reconstrucción nuestro autor apuesta valientemente por una práctica de una genealogía que se aleje radicalmente de cualquier declaración de relativismo anticientifista, separando cuidadosamente el trabajo de la epistemología y la historia, así como, contextualizando, lógicamente, todo saber en la relaciones de poder que lo producen. El poder así, visto desde la genealogía de Foucault (que Oscar Moro depura, clarifica y cartografía) toma definiciones y representaciones inéditas en el pensamiento occidental hasta su contribución, añadiendo a la dimensión represiva del poder (la más contemplada habitualmente), la productiva -la de crear cuerpos, discursos y relaciones- y la subjetiva o de los modos en los que se inscribe y cristaliza en las identidades construidas.

La monografía de Moro se corona con una buena revisión del concepto de dispositivo en Foucault (tomado como resultado de un espacio donde operan líneas de visibilidad, enunciación, fuerza y subjetivación en el ejercicio real del poder), capítulo imprescindible si tenemos en cuenta el abuso y degradación por sobreutilización que este concepto ha tenido en los últimos decenios. Asimismo se revisa la particular genealogía de

la sexualidad del pensador francés, como potente y central ilustración de todos los potencialidades de su método, seguramente el mejor ejemplo de que todo lo que es presentado como necesario, natural y cerrado, es susceptible de ser analizado como contingente, sociohistóricamente construido y abierto, lo que amplía considerablemente nuestra perspectiva sobre los modos de vida y de relación posibles.

El libro tiene una coda interesantísima donde, el autor diferencia de manera nítida su propuesta de genealogía de la historia de cualquier textualismo o consideración de la labor histórica como una simple narración no diferenciable de otras formas de ficción literaria. Frente a cualquier *giro lingüístico* —que de hecho se convierte en un *giro apocalíptico*— que trata de banalizar y desvirtuar la historia hasta convertirla en una nueva retórica, Oscar Moro planta cara y avisa de los peligros de estas posiciones, que además de terminar representando una nueva frivolidad académica, pueden, y es más peligroso aún, convertirse por pasiva en una forma de legitimación de los discursos dominantes; su modelo de trabajo histórico representa todo lo contrario, la evitación de cualquier historia-justificación o legitimación (aunque sea por la ironía) y la elaboración, por consiguiente, de modelos historiográficos críticos y eficaces, en cuanto que tienen efectos reflexivos sobre el presente. En esta salida, Oscar Moro se deja acompañar por la sociología reflexiva de Pierre Bourdieu, y por otros muchos que nos han puesto en guardia sobre la imprescindible práctica de pensar críticamente nuestro propio pensamiento y sus efectos en los campos sociales de referencia. Se nos propone, en suma, una genealogía que realice el mandato crítico y constructivo de la ilustración, no que lo destruya y lo sumerja en el nihilismo.

Nos encontramos, por tanto, con una obra de factura irreprochable, honesta y escrita con una limpieza y una precisión admirable, sobre todo si consideramos que se adentra en un tipo de literatura que si por algo se ha caracterizado ha sido por estar repleta de jerga, retórica abstrusa y obscuridades variadas. Expuestas con la precisión de un analítico, las tesis de Oscar Moro se caracterizan por el equilibrio y la medida; especialmente útil resulta su valoración de las contribuciones de Michel Foucault, tratando de colocar su obra entre los dos polos extremos habituales, que han ido desde el más absoluto rechazo por parte de la historiografía tradicional (recuérdese cuando Pierre Vilar acusaba a Foucault de que en su investigación no es que tratara de captar las cosas mediante palabras, sino que subordinaba las cosas a sus palabras), hasta la increíble veneración absurdamente triunfalista de, por ejemplo, Paul Veyne que prácticamente acababa coronando a Michel Foucault como el historiador completo: el forjador del final de la historia (no hace falta, al día de hoy, seguir las fáciles connotaciones paradójicas y conservadoras que se pueden deducir del *Foucault revoluciona la historia* de Veyne).

Lo que resulta difícil de compartir con las argumentaciones de Oscar Moro es que autores como Foucault, o el propio Nietzsche se puedan desembarazar de toda la carga de nihilismo, negativismo y relativismo que habitualmente, a lo mejor de manera exagerada, se les ha atribuido, pero estos peligros no son inexistentes, ni dejan de presentar serios obstáculos para el ejercicio de un pensamiento social prudente. Sólo hace falta leer el Foucault de *Nietzsche, la genealogía, la historia*, cuando apuesta por un trabajo genealógico como uso destructor y paradójico de la realidad, la identidad y el sujeto mismo; o pasarse por los escritos

póstumos del propio Nietzsche sobre el nihilismo (eso sí llamado activo) donde se habla de éste como el espíritu de las voluntades fuertes y en el que la negación del juicio lleva a la creación del acto, para sacar unas conclusiones bastante menos optimistas que las que extrae nuestro autor. Como decía brillantemente Albert Camus en su *El hombre rebelde*, después de huir de la prisión de Dios, la primera preocupación de Nietzsche fue la de construir una prisión de la historia y de la razón a la medida de su nihilismo (lo de la prisión tiene sorprendentes resonancias *foucaultianas*), seguramente la apreciación es demasiado rotunda, pero no está exenta de cierta verdad que nos debe hacer reflexionar. No es de extrañar así que en la magnífica propuesta final de orientación práctica del trabajo de la genealogía, tal como Oscar Moro la concibe, se acuda en los puntos modales más a las teorizaciones de Pierre Bourdieu que a los dos autores a los que se ha dedicado la mayor parte del contenido del libro.

Pero, de todas formas, nos encontramos con un trabajo de peso, muy bien diseñado, escrito, razonado y presentado -el *benjaminiano* busto del emperador romano descabezado de su cubierta no puede reflejar mejor el contenido del libro-, con una clara apuesta por la genealogía como una historia concreta, temática, crítica, eficaz y reflexiva, lo que la

hace emparentar, de hecho, con la práctica de todos los historiadores cuidadosos, honestos y sagaces que en el campo de las ciencias sociales han sido, evitando falsas y dolorosas rupturas gratuitas. Oscar Moro sabe de sobra las malas pasadas que nos puede jugar el pasado cuando nuestra mirada sobre él lo legitima, pero también cuando lo banaliza hasta disolverlo en el mero relato ficcional -no en balde Manuel Cruz es el ajustado y perfecto prologuista de esta obra- y, por eso, todo el libro rezuma una apuesta por la responsabilidad del conocimiento. Como apunta Eric Hobsbawm en su *Sobre la historia*, por mucho que digan -las versiones textualistas y narrativistas, más o menos postmodernas, presentes en las ciencias sociales- que en el discurso histórico el lenguaje construye lo que describe, la historia es una arte imaginativo, pero es un arte que no inventa, sino que organiza *objets trouvés*. El lector tiene la oportunidad de encontrar en el libro de Oscar Moro una buena reflexión sobre la manera de afrontar la organización que sugiere Hobsbawm, es muchísimo. Quedamos todos a la espera de la próxima contribución de este autor, al que habrá que rastrearle la pista con atención, todo indica que nos seguirá dando grandes alegrías intelectuales.

Luis Enrique Alonso
Universidad Autónoma de Madrid